todo mi corazón y con toda mi inteligencia. Algunas veces hasta le canto himnos, pero mi cántico no vale tanto como el de usted, mis cánticos son palabras que halagan el oido; los de usted son actos que sirven á los hombres. No soy digno de conversar con usted, sino por la afición que siempre he tenido hacia las almas en que Dios habita en la sencillez y en la virtud. Hasta la vista, pues, cuando la casualidad ó la caza me traigan á las Huttes.

Salí del cercado; me acompañó un trecho seguido, como si los hubiera llamado, de su perro, corderos, cabras y hasta de los conejos. Estos animales domesticados parecían comprender su amistad hacia ellos. No me hubiera admirado si hubiera visto que le seguían también las abejas y los insectos del cercado. Este hombre habría domesticado hasta las rocas y los árboles. Toda la naturaleza, animada ó inanimada, y él, parecían comprenderse, vivir y amarse en una misteriosa y piadosa inteligencia, á los pies de su Dios.

CAPÍTULO V

I

Descendí en un recogimiento interior, semejante al que sentía en mi niñez, cuando salía de oir á mi madre al anochecer, en el jardín en que hacía sus meditaciones piadosas á Dios en voz alta con sus hijos. Oía en mi alma las palabras sencillas, aunque llenas de unción divina, de aquel pobre discípulo de la soledad. Hasta el timbre de su voz resonaba en mi oido como el timbre de esas campanas de las aldeas elevadas de los Alpes, que se oyen por cima de los ruidos del valle, y cuya única función es despertar en las almas el pensamiento de Dios, el *sursum corda* de los leñadores, guadañeros y pastores de la montaña. Sentíame mejor, con más calor en el corazón y más inclinado hacia el bien, tan sólo por haberme acercado unos instantes á aquel hogar de pastor, oculto detrás de los matorrales y de las rocas.

Tiene cada hombre una atmósfera que le rodea y que esparce á su alrededor buenas ó malas influencias, calor ó hielo, según su alma está más ó menos vuelta hacia lo alto y refleja más ó menos divinidad en él. La repulsión ó la atracción no son sino el sentimiento de esta atmósfera de los hombres sobre nosotros. Los unos nos atraen como el imán, los otros nos repulsan como la serpiente, sin que sepamos por qué. Pero la naturaleza lo sabe y hay que atender esas repulsiones ó atracciones, como sensaciones y advertencias del sentido del alma.

Casi siempre la atracción revela una virtud oculta; la repulsión un vicio enojoso en los seres que nos la inspiran. Las almas tienen también sus fisonomías; no se las analiza, se las experimenta. ¿Quién no se ha dicho al acercarse á ciertos hombres? « me encuentro mejor á su lado. »

II

Contuve toda la semana mi impaciencia de volver á ver á Claudio, y de hablar con él á mi placer, por temor de interrumpirle en su labor durante los días de trabajo y estorbar de este modo las buenas obras con que llenaba sus jor-

nadas para el prójimo. Pero cuando llegó el domingo, subí por decirlo así instintivamente á las Huttes y encontré á Claudio en el mismo sitio en que lo había dejado en el cercado, solamente que esta vez no estaba dormido al sol, en medio de sus hierbas en flor. Había segado su planicie durante la semana.

Acababa de levantar con el rastrillo el heno seco y oloroso en pequeños montones, que llevaría á su tiempo, al abrigo de la cabaña, para alimentar á sus animales en el invierno. Como ya había habido grandes rocíos por la mañana, temía que por la noche ó por la madrugada ocurriera alguna lluvia de tempestad, y amontonaba su cosecha de heno para que no la debilitase el agua. Pareció volverme á ver con gusto. Puse mi chaqueta de caza sobre una piedra y le ayudé á concluir su obra, como si aquel fuera mi oficio. No hizo nada por impedirme trabajar. Antes del medio día, todo el heno estaba amontonado aquí y allá sobre la pendiente del segado prado.

Me ofreció un pedazo de su pan de centeno y unos de sus quesitos de cabra, condimento de los campesinos de todas nuestras montañas. Comí con placer este pan de mi infancia con él. Esta comida rociada con agua helada de la fuente, cogida en una calabaza, y con el jugo de algunas pre-

coces cerezas, picadas por el gusano y que se habían caído del arbol antes de tiempo, aumentó entre nosotros la familiaridad. En el lenguaje y en las costumbres del país, cuando se ha comido y se ha bebido juntos, es uno compadre. Nos sentamos al pie de uno de los montones de heno que daba un poco de sombra á nuestras cabezas, y entablamos de nuevo la conversación del domingo precedente.

III

YO. — Nada me ha dicho usted, Claudio, cómo es que esta aldea de las Huttes, de la que hoy es usted el único habitante, fué abandonada á las zarzas y á las hiedras y cómo todos los hombres, todas las mujeres y todos los niños, la abandonaron como el agua que sale de una esclusa cuando una tempestad se lleva el dique, dejando los peces muertos en la arena seca del fondo. Tampoco me ha dicho usted quien fué el que en otro tiempo rodeó con estas grandes piedras sin labrar, este pequeño recinto de tierra de más fondo, construyó esta cruz con tres piedras y levantó esos cinco ó seis montículos de césped, que no ha segado usted como el demás y que

parecen otras tantas tumbas del cementario de Saint-Point, que veo reverdecer desde mi ventana.

ÉL. — ¿Qué quiere usted que le diga, señor? La tierra habla bastante por sí sola. Allí donde se ve el lomo de un surco, se puede decir que ha habido espiga y una amapola, ¿no es verdad? Allí donde se ven sepulturas, se puede decir que ha habido hombres y mujeres. Este cercado era, en otro tiempo, el cementerio de Huttes. Se había escogido este sitio, porque es el único en la montaña en que la tierra tiene bastante profundidad para cubrir un ataúd. Por otra parte no se cavaba con frecuencia, puesto que en el lugar no habían sino tres cabañas, que componían una sola familia. Cada diez ó quince años, quizá, se enterraba á un viejo ó á un niño de Huttes. Se cultivaba alrededor todo, respetando solamente la parte de tierra del último enterrado, como en nuestras cabañas se pone la cuna al lado del lecho. He oído á mi abuelo contar muchas veces como vió en su niñez formar esa gran cruz de tres piedras, que treinta hombres de los de ahora no serían capaces de colocar una sobre otra. La primera la encontraron plantada, tal como se ve en la tierra, como el tronco de un castaño de mil años, quebrado por el viento en

el nacimiento de las ramas. No se sabe si es un hueso de la tierra que ha atrevesado la piel, ó si es una roca que se ha hecho por sí un agujero profundo en este sitio al caer desde lo alto de esa cresta. Esto les dió la idea de poner otra piedra al través sobre ella y después otra más corta encima, para hacer una cruz que viesen desde lejos por encima de las nieves los pastores y cazadores. Amontonaron tierra en forma de camino desde las rocas que ve usted allá arriba, hasta el nivel del vértice del tronco de la cruz. Hecho esto hicieron rodar por dicho camino la segunda piedra, y lo mismo la tercera. Después demolieron la calzada de tierra que les había servido de andamio y nadie ha podido comprender desde entonces, cómo estas tres rocas levantadas en el aire por encima de todo el país, han podido levantarse, unirse, y mantenerse en pie y en cruz por sí solas. « Los habitantes de abajo, decia mi abuelo, nos desprecian mientras vivimos : pero nuestros muertos tendrán siempre más sombra que los suyos. »

He aquí cómo se hizo esto, señor, y desde aquel tiempo, dos generaciones de la familia han sido enterradas bajo el árbol de piedra que plantaron.

Yo. — Pero usted, Claudio, si continúa usted

viviendo aquí solo, ¿quién le enterrará á su vez? No hay manos cerca de usted que le caven su último lecho.

Él. — ¡Oh! Sí señor; hay muy buenas almas en las aldeas donde trabajo, ¡vaya! Cuando he hecho algún servicio á alguna cabaña, les digo : estamos en paz mientras que yo viva, pero cuando muera no lo estaremos con vuestras oraciones. Os he hecho una casa para vuestra vida; vosotros cavaréis con gusto mi casa para mi eternidad, ¿no es verdad? Y nos reímos y me lo prometen, señor. Por esto no tengo cuidado; seré bien enterrado allí donde he marcado mi sitio.

Yo. — ¿Y dónde está el sitio de usted, Claudio?

Él. — (Mostrándome el monticulo más próximo y en el cual la hierba estaba hundida por el peso de dos rodillas.) Allí, señor.

Yo. — ¿Y por qué en aquel sitio y no en otro, mi pobre Claudio? ¿Dios no sabe encontrarnos en cualquier parte?

Él. — Es verdad, señor, pero es que quiero que me encuentre tan cerca de otra, que no pueda separarnos.

Yo. — ¿Tiene usted pues entonces su ideal bajo esta tierra?

Él. — Sí señor, mi ideal y mi corazón también.

Yo. — Sin duda está eso relacionado con todas